

dos, roncós aullidos, notas discordantes, cantos armónicos. Que duran casi toda la noche y que al amanecer se recrudescen y se multiplican, hasta que los rayos del sol parecen que los fueran dissipando y se apagan. Pero, para reinar sólo sobre aquella naturaleza tan rica en olores y en perfumes, tan exuberante y bella.

Preparamos un desayuno bien cargado, pues no volveríamos a comer hasta la noche. Menú: viudo con bastante pescado fresco, un chicharro de plátano, yuca, chonque, papa, arroz y carne, un pollo montés, que acabábamos de matar, naranjas, mandarinas, panela y mucho café. Mi ración de panela la eché al bolsillo, para ir mascando en el camino, pues sabía que me llegarían horas de debilidad.

Hacia poco que andábamos, pasando de la quebrada al monte y de los barrancos a las palizadas. Yo estaba sobre la orilla derecha, en una estrecha playa, en medio de un paisaje pintoresco. Al frente se levantaba un barranco. Los peones buscaban paso para poder seguir adelante. La perrita ladraba desahogadamente. Grito a Guillermo que venga que le ayudará el que tan rabiosa la tenía. Me contestó que sería alguna tortuga. El animalito casi aullaba. Insisti con

tanto honor la edición del Semanario, y cuyas cualidades patrióticas me son personalmente conocidas.

Guillermo a que se acercara. Este obedeció, y alzando los brazos admiró el exclamó: Su Merced, ¡qué guío tan deformé!

Subí al barranco y vi dormido al animalito en una colocada la cola cerca de la cabeza, y el cuerpo en círculo, luciendo a trechos las brillantes escamas entre el verde follaje de los matorrales. El perro policía se acercó a olerle la "porra". El monstruo en un instante se incorporó, recogiendo el cuerpo, como movido por un resorte, en una serie de eses, con la cabeza erguida, sacando la lengua trífida, que como una paja movía con veloz rapidez. Ordené al más muchacho de los peones que le hiciera un disparo en la cabeza, para que no dañara el cuero. El tiro partió casi a quemarropa en el momento en que el monstruo, con un resoplido formidable, lanzaba un torrente de vaho pestilencial, con que acostumbraban producir en la víctima que intentan hacer, una especie de vértigo, y dejó caer la cabeza sobre el suelo, como muerta. Le hice atar un doble reja al cuello, para botarla del barranco a la quebrada y pasarla a la playa del frente.

Los cuatro peones principiaron a halar de la cuerda.

La enorme masa se fue "desenchupando". Ya asomaban como dos

Clémenceau no halla dones ocultas se para no sentir sobre si los efectos de la maldición universal. No

varas del reptil en el espacio, cuando el guío, sin esfuerzo aparente, fue contrayéndose y llevándose a los cuatro mozos, cual si fueran livianas plumas. Grito a Guillermo que cortara un grueso garrón y le diera en la cabeza. A guío se lo decía. Se armó de un buen palo, y tanto le dió, que le trituro todos los huesos. Lanzó otro bufido tremendo y volvió a quedar como muerta. De nuevo intentaron arrojarla al agua, haciendo fuerza como si tiraran de los cuernos de un toro bravo. La culebra principió a ceder, se dejó estirar un poco y se recogió, arrastrándolos como la primera vez.

Mandé preparar cuatro gruesas estacas, las hice meter por debajo de aquella viga elástica y ordené que a la voz de mando hicieran un esfuerzo sobre las palancas. Así se hizo, y la mole cayó al fondo charco con esteuendo. El reptil en un solo movimiento se transformó como en un cable lleno de nudos, apretando entre sus mallas una de las palancas, que traqueaba como quebrantamiento de huesos de un enorme buey.

Con el reja se sacó del agua el animal y lo colocamos sobre la arena. De vez en cuando se recogía y lanzaba sus infectas bocanadas, que evitaban los peones, pues aquel olor los tenía ma-

La exhibición industrial se abrirá el mismo 20

leados y mareados. No era fácil desenvolver ese rollo para sacarle el cuero. Fue menester, con maña y fuerza, atarle la cabeza a un tronco y a otro la cola. Principiaron a abrirla para sacarle el cuero, y en una contracción partió el reja que la sostenía de atrás. La lucha siguió entre los cuatro esforzados mozos, que tenían orden de desollarla y la enorme hidra que se defendía.

Casi todo el día se gastó en esta tarea.

Luégo que le cortaron el pescuezo para pelar la cabeza, aquella maza ciega y como inerte, conglomerado de huesos triturados, se dirigía hacia las manos de sus verdugos y hacia esfuerzos por abrir sus fauces y morderlos.

Al día siguiente los primeros rayos del sol herían aquel bloque blanco rosáceo, que irradiaba como un cilindro de cristal de Venecia en la boca del horno, en medio de un reducido paisaje de árboles gigantescos, dominados por las enhiestas palmas de corno, en cuyas hojas se balanceaban los largos nidos de bien tejidas pajas de las oropéndolas y los arrendajos.

ERNESTO RESTREPO TIRADO

De El Nuevo Tiempo